

Discurso pronunciado por Leandro Gamallo en el acto de graduación del turno tarde de la promoción 2003.

En primer lugar quiero aclarar que este discurso fue concebido por algunos de los que hoy recibimos este diploma.

Intentamos hacer de esta tarea un trabajo lo más amplio posible. Hemos debatido, dialogado y finalmente consensuado las palabras que a continuación escucharán.

Este discurso va dirigido a todos los ex alumnos, tanto a los presentes como a los que no llegaron a escuchar el último timbre.

Jean Paul Sastre, uno de los filósofos franceses que lideró intelectualmente a los jóvenes de mayo del 68', dijo alguna vez: *“Somos lo que hacemos con lo que hicieron de nosotros.”* Nos gusta esa frase. En una línea resume la posición de autoconstrucción en la que nos encontramos sin dejar de reconocer que cada uno de nosotros es un producto histórico. En todos hay una historia detrás que confluye en este presente y un futuro por venir, en el que la historia afecta en la toma de decisiones pero en el cual el espacio de elección autónomo es determinante.

Pues bien, traslademos esa frase a nuestras vidas. Tenemos un pasado común. Más allá de la historia personal, hemos estado toda nuestra adolescencia en este colegio. La pregunta entonces es ¿Qué han hecho de nosotros?

Pero la pregunta sobre qué nos dejó el Nacional, a nosotros, alumnos del cruce entre el siglo veinte y veintiuno, es la pregunta por el Nacional mismo. Por su historia. Hasta allí nos remontaremos entonces.

La tradición del Nacional Buenos Aires está marcada de paradojas, de sentidos y contrasentidos. Siempre se ha insistido en que el Buenos Aires es un Colegio formador de líderes, de cuadros excepcionales desde el punto de vista político, sociocultural y científico. Hasta hoy ha llegado el legado liberal de la ilustración disciplinaria, a nosotros también se nos ha machacado con esta idea: la de que seremos la futura clase dirigente de la sociedad. Eso ha querido hacer de nosotros el colegio. Según dicha teoría, las luces de la razón

encarnadas en la elite intelectual, de la que seríamos parte, iluminarían el progreso del pueblo entero. ¿Quiénes otros que aquellos que pertenecen a la minoría culta serían los indicados para tomar las riendas de la nación?

Pero este hacer de nosotros está directamente relacionado con la construcción de un determinado tipo de sociedad. La historia que se ha querido construir es una historia escrita y protagonizada por pocos. De esta manera si se piensa en un ex alumno ilustre inmediatamente aparece la figura de Miguel Cané, así lo ha sellado el racconto oficial escrito por el colegio. El autor de juvenilia es la más cabal expresión de la escisión que se ha producido entre la elite y la masa inculta, un veraz espejo de la aristocracia que ha constituido este país. Liberal amante de Europa y particularmente de la cultura parisina, su música y sus museos, intenta transmitir sus experiencias a la clase alta porteña. Luego de ser diplomático durante años se convirtió en senador. Él fue el autor de la tristemente célebre Ley de Residencia. Mientras miles de extranjeros llegaban al país nuestro héroe a emular decía: *“No tienes idea de la irritación sorda que me invade cuando veo a una criatura delicada, fina, de casta, cuya madre fue amiga de la mía, atacada por un grosero ingénito...Nuestro deber sagrado, primero, arriba de todos, es defender a nuestras mujeres contra la invasión tosca del mundo heterogéneo, híbrido, que es la base de nuestro país”*

Gobernar es poblar, si, pero no con populacho. Civilización ilustrada o barbarie.

¿Me entiende?

De aquí el profundo sentido oligárquico (esta palabra es profundamente errónea en tanto que anacrónica, oligarquía no tiene ningún sentido a finales del siglo XIX que se esta hablando) que vemos en el orgullo de representar a una “elite intelectual”. No es una mera anécdota, es una concepción de la historia de este país que persiste hasta hoy, aquélla según la cuál, la historia la escriben los notables, los intelectuales decentes y patricios, los hombres bien.

El rescate efectuado por la memoria, como dice Foucault *“se trata de relatar, en forma de historia, el desdoblamiento del presente”*. En esta historia nos apoyamos, de ésta aprendemos, para llevar a cabo luego nuestras acciones como hombres.

Hablar de esto, queremos afirmarlo, no es una mera pretensión intelectual, habla del colegio, de su formación y, por lo tanto, de nosotros, quienes estamos hoy aquí, reunidos

para recibir el certificado de egreso del Buenos Aires. ¿Qué nos llevaremos de él? ¿Su tradición elitista decimonónica aún presente o alguna otra cosa?

Ya dijimos que el Bs As es un Colegio de paradojas constantes, de amores y de odios. Podemos hoy decir que nos llevaremos de él la falta de contención hacia nosotros, sus alumnos adolescentes que se ven perdidos en una maraña burocrática durante su paso por el secundario, la imagen de autoridades que no conocen a sus alumnos, alumnos que conocen a sus autoridades solo por televisión, de profesores que resaltan constantemente que los de Buenos Aires debemos ser los mejores, el tradicionalismo grotesco de algunos programas arcaicos y nunca renovados, la enseñanza enciclopedista, el trato impersonal, la restricción hacia las formas de vestir, la competencia y el individualismo fomentados desde el curso de ingreso, la exclusión masiva de algunos de nuestros compañeros en mesas de examen de materias filtro, la aberrante restricción a nuestras formas de organización, como las tomas, llegando incluso al ridículo extremo de prohibir al sola mención de la palabra toma, la elocuente arquitectura de sus aulas en las que las tarimas endiosan a los profesores, la falta de instancias de diálogo y un sistema normalizador de sanciones que no contemplan las circunstancias particulares. Así como también nos llevamos la repudiable convivencia, en la cartelera de ex alumnos destacados ilustres, de grandes personalidades como Daniel Barenboim o César Milstein con personajes nefastos, como Carlos Corach o el ministro de economía de la última dictadura militar, Roberto Alemann.

Pero, también debemos hablar del Colegio fomentador de la lectura, de algunos excelentes profesores que a pesar de sus sueldos miserables se dedican con empeño a fomentar el pensamiento crítico y profundo. Ellos nos formaron bachilleres pero más nos formaron personas. En los años transcurridos en el colegio, hemos conocido dentro del claustro de profesores a personas de una integridad y formación que hoy en día asombra. Ellos son el verdadero pulmón del Buenos Aires. A todos ellos, nuestro más profundo agradecimiento. También queremos agradecer especialmente a otras personas que ayudan a hacer que el colegio funcione, el personal de maestranza. Poco sabemos de ellos. En este punto se nos hace imperiosa una autocrítica, si bien nadie se encargó de presentarnoslos, la mayoría de nosotros tampoco se encargó de conocerlos. ¿Alguien sabe quién acondicionó este aula hoy? Por otra parte tampoco podemos olvidarnos de la posibilidad de acceder a gabinetes con

materiales que en ningún otro lado hubiéramos podido siquiera conocer; agradecemos a los padres que a través de la cooperadora, trabajan por mantener y renovar los materiales de estos. Así también, no podemos dejar de recordar una biblioteca incomparable a la de cualquier otra institución, el fomento del estudio y la escritura e incluso de las artes y el deporte realizados por el colegio.

Y sin duda, queremos hablar del otro colegio, el de los estudiantes, el nuestro. Del que nos llevaremos los mejores recuerdos. Podemos hablar de las mañanas de estudio entre amigos, de los sábados en el campo de deportes, de las partidas de truco en el comedor, de las fiestas borrachas de viernes por la noche, en la cual más de uno en un delirio etílico le declaró su amor a una letrina, los campamentos de la Comisión de recreación y de miles de cosas que permanecerán indelebles en nuestra memoria.

Y somos también, desde ya, ex alumnos del colegio de las luchas por la educación pública. Del colegio de las tomas, las asambleas y las marchas en defensa de la Universidad gratuita y universal.

Hasta ahora hemos hablado de la primera parte, de lo que hicieron de nosotros. El aporte y el daño de este colegio a nuestra formación ya está hecho, es pasado. Es tiempo de hablar del futuro, de lo que haremos nosotros con nosotros mismos. Ahora depende enteramente de nosotros, de aquello que empezamos a hacer en estos tiempos, somos los únicos responsables.

¿Que clase de compromiso con la realidad generaremos a partir de nuestra formación como ex alumnos del Nacional de Buenos Aires?

Debemos afrontar nuestra tarea. Una que no nos la impone, como creen muchos, el destino, la historia u otras potencias imaginarias como el lado oscuro de La Fuerza o el Poder de Grey Skull.. Nos la imponemos nosotros mismos, y justamente por eso es que debemos cumplirla con la mayor de las voluntades. Dijimos que ese hacernos no era sobre la nada, sino sobre lo que hicieron de nosotros. En este sentido hay que aclarar que no nos creemos mejores que nadie. Aquel discurso de la elite impreso en nosotros ya no tiene efecto. O mejor dicho, **elegimos** que no lo tenga. Sin embargo no negamos nuestra posición. No vivamos el privilegio como un estigma. Porque negarlo sería un grave error de diagnóstico

con sus consecuencias. De no tener una posición privilegiada, una de cada dos personas en este recinto sería pobre. Solamente 8 de los 150 que somos aquí obtendrían su título universitario. Tenemos una posición privilegiada, en eso compartimos algo con una elite. Se trata de no renegar de esa posición, hay otros que no pueden hablar, los que más perdieron, no hablemos por ellos como lo haría una elite ilustrada, pero no resignemos el hablar por nosotros.

La elite tiene como única misión reproducirse a si misma como elite, como grupo minoritario, y esto se logra únicamente cercenando las posibilidades de progreso de otros, reproduciendo las desigualdades. Quizás compartamos con las elites nuestra posición privilegiada. Pero no su visión de ser mejores y tener la misión de guiar a las masas ignorantes, error del iluminismo disciplinario de esta casa de estudios.

Generacionalmente nos tocó estar en medio de una serie de cambios que pocos entienden aunque muchos digan hacerlo. Como entendió el peinador autóctono Roberto Giordano: “La Argentina es como un tobogán porque sube y baja”. Más allá de las excéntricas plazas que frecuentaba este líder pacifista, la tarea permanece. La tarea, creemos, es comenzar a ayudar a un progreso real, donde no haya elites. Creemos firmemente que la educación debe ser universal, creemos firmemente que los privilegios de este colegio deben ser la regla y no la excepción. Creemos firmemente que no hay democracia verdadera en un país con millones de indigentes y analfabetos.

Contemos que alguna vez algunos utilizaron estos privilegios para otras cosas, para colaborar desde su lugar, a modificar un poco el orden establecido y no para reproducir la historia, algunos de ellos son conocidos y están entre nosotros, otros han quedado en el recuerdo. Los más de cien alumnos y ex alumnos desaparecidos y asesinados por la triple A y la última dictadura militar. Es importante conmemorarlos, porque se hace poco desde las aulas. Si nunca lo hicieron les recomendamos, antes de irse, pasar a ver la placa que se encuentra en el claustro central, inaugurada en 1996 durante el rectorado de Carlos Groissman.

Por otra parte nos preguntamos ¿Qué hemos hecho nosotros como estudiantes en nuestro paso por el colegio? ; ¿Hasta que punto no fuimos cómplices del proceso de desmovilización que viene sufriendo nuestra sociedad? ; ¿Estamos circunscriptos al lugar

que el poder nos asigna? ; ¿Creemos que optar por la indiferencia es una forma de no tomar posición?¿no habremos guardado un silencio bastante parecido a la estupidez?

Con el correr de los años se hizo evidente una merma sustancial en el nivel de participación y compromiso. Hemos devenido en masa apática No pudimos o lo que es peor, no quisimos defender nuestros propios derechos y reclamar por nuestras necesidades. No hemos aprovechado ni fomentado las instancias de participación, como el centro, las asambleas o las marchas. El empobrecimiento de las publicaciones estudiantiles deportivas, culturales, políticas ha sido evidente. Las bandas y recitales disminuyeron igual que los campamentos y todas las actividades que tenían que ver con lo colectivo, más allá de lo individual.

Creemos que el primer paso hacia el cambio es el reconocimiento de nuestros propios errores, la aceptación de nuestras propias equivocaciones. Esto nos permitirá modificar nuestra actitud en el futuro.

Nuestros valores no son absolutos, lejos están de serlo. Pero eso no constituye un freno. Creemos en ellos y actuaremos en consecuencia- Hoy sólo dijimos palabras, pero no seamos injustos con ellas, sabemos que las palabras pueden devenir realidades. Las palabras despiertan temores, no en sí mismas, sino por las realidades que pueden construir. Simbólicamente hoy termina nuestro palabrerío adolescente y comienza nuestra construcción como hombres y mujeres sobre un pasado, como dijimos, privilegiado. De nosotros depende hacer de ese privilegio una herramienta.

Empezamos con una frase de Sartre y nos gustaría concluir con otra: *"El mundo de hoy se nos aparece horrible, malvado, sin esperanza. Ésta es la tranquila desazón de un hombre que morirá en ese mundo. No obstante, es justamente, a eso a lo que me resisto. Y sé que moriré esperanzado. Pero es necesario crear un fundamento para la esperanza"*. Esa, creemos, es la tarea.

Muchas Gracias.

(sobre aplausos)Vermouth con papas fritas y good show....